

JOSE LUIS GARCIA MARTIN: DIAS DE 1989. (Biblioteca de Oliver. Oviedo).

Sara SUAREZ SOLIS

José Luis García Martín, alumno mío en los lejanos tiempos en que daba clases de Literatura en el Instituto de Avilés, y ahora compañero en la Escuela Normal de Oviedo, es persona que me inspira orgullo y admiración mezclados con una malhumorada ternura. En realidad, orgullo y ternura me los inspiran todos mis antiguos alumnos, a los que tropiezo por cualquier parte en los más heterogéneos ámbitos. Generalmente no los reconozco más que por esa frase que siempre me alegra: "Yo fui alumno suyo". Hay muy pocos a quienes haya seguido la pista, porque cambié mucho de centros y los chavales fueron creciendo lejos de mis ojos. Pero, cuando me los encuentro, siempre me sorprende la prodigiosa rapidez con que pasaron de los rizos o las melenas a las calvas o las barbas.

Con José Luis me ocurrió eso mismo: lo dejé adolescente por los años sesenta, y me lo encontré de compañero barbado (aunque luego se afeitó) en el curso 80-81. Desde entonces, en estos casi diez años, hemos conversado mucho, hemos compartido problemas y bromas, lo he mareado con mi cháchara, me ha divertido con su ingenio, hemos discutido por los más variados temas (sobre todo por sus tajantes juicios literarios y su aguda misoginia), y lo he dejado por imposible en más de una ocasión ante su inaguantable displicencia y su pertinaz espíritu de contradicción. Pero es lo mismo: siento por este pequeño erizo una profunda amistad, que supongo correspondida, y una entrañable simpatía, basada, sobre todo, en mi adhesión incondicional a una cualidad que José Luis posee en grado sumo: su rectitud, su insobornable sentido de la justicia, que quizás le impedirá prosperar y subir como se merece por su competencia y talento.

Este poeta y crítico nos sorprende ahora con un diario (en preciosa edición),

donde selecciona avatares y pensamientos desde el 30 de abril hasta el 13 de agosto del año pasado.

Me lo he devorado de un tirón, porque es un librito apasionante, intrigante, divertido y sorprendente, además de estar escrito en una prosa expresiva y densa.

Creo que José Luis nos ha descubierto, con esta obra, su más profunda dimensión de escritor: la de meditador y comentarista de la vida cotidiana, oficio para el que no reo que exista vocablo en nuestro idioma, pero podría ser el de "diarista". La influencia de Fernando Pessoa, tan admirado, traducido y comentado por García Martín, es evidente. Este diario viene a ser el "Libro del desasosiego" de un poeta español sensible, difícil y lleno de heterónimos, como el portugués. Algo deberá también al desaparecido Gil de Biedma, pero estas posibles influencias no rebajan la absoluta originalidad de tan personal aportación.

Comienza y acaba con unos hipotéticos cuestionarios en los que nos ofrece, con humor y displicencia, sus opiniones y elecciones sobre varios asuntos. Intercala poemas traducidos y otros originales, de los mejores que le conozco, y divaga sobre diversos temas literarios, psicológicos, biográficos o autobiográficos, sobre personajes y personajillos nacionales y provinciales bien notorios, aunque algunos se disfrazan de reveladoras iniciales. Pero, sobre todo, escribe acerca de sí mismo. La implacable lucidez con que presenta personas y situaciones —algunos quisquillosos pueden sentirse ofendidos— queda contrarrestada por la irónica impiedad con que se autoanaliza, con sus fobias y sus filias, sus manías y sus neuras.

El mismo nos advierte que "estas páginas de un diario aspiran a ser leídas también como una sigilosa novela en la que lo no dicho resulta protagonista"; pues justamente eso "no dicho" acucia nuestra curiosidad y espolea la intriga que provoca siempre todo diario (género tan comprometido como poco frecuente en España), lleno de guiños y alusiones que requieren cierta complicidad con el lector, puesto que el "diarista" selecciona las experiencias que desea comunicarnos, desecha los inconvenientes (o las reservas para otros géneros) y nos deja con las ganas de saber más.

Pero también añade José Luis: "Para los tímidos y los cobardes el diario ofrece la posibilidad de una venganza póstuma". Quienes conocemos a García Martín sabemos que no es ni tímido ni cobarde a la hora de cantar las cuarenta al lucero del alba; pero estoy segura de que ha cercenado mucho en estas páginas, porque eliminó lo moralmente despreciable. Sí, los trapos sucios quédense para la posteridad, eficaz vengadora de escritores maltratados, a los que, al fin, otorgará su verdadero puesto, contra el que nada valdrán zancadillas ni postergaciones. Aunque es cierto, pues, que lo no publicado nos divertiría, hemos de conformarnos con lo que se nos brinda y pedir nuevas entregas de este diario, que podría convertirse en la historia interminable si en él se incluyera también la vida docente, no sólo la literaria.

Con su sarcasmo habitual, José Luis nos dice: "Eres mezquino, observador, mal intencionado: escribe un diario, no aburrirás a los lectores". Doy fe de que García Martín es observador y mal intencionado, pero no mezquino. Ese no es su pecado. Su pecado es el espíritu de contradicción. Quizás también su amor a la rutina: ese

afán de refugiarse en una vida monótona dentro de la que, paradójicamente, ejerce una actividad literaria siempre imprevista y sorprendente, como si necesitara el orden consuetudinario para lograr la novedad creativa.

En fin, un diario resulta demasiado heterogéneo para que se preste a comentarios y caracterizaciones. Pero, siendo mucho —y divertido y profundo— lo que se nos cuenta en este breve período del año 89, creo que, sin embargo, lo mejor de la obra son los aforismos, sentencias, paradojas, sarcasmos y equívocos en que el autor nos condensa sus opiniones sobre los más variados asuntos, con el desparpajo, humor y cinismo que la caracterizan.

Este es, simplemente, un libro que no sólo hay que leer, sino comprar; porque es de los que hay que subrayar, releer, apuntar, citar, discutir y anotar al margen, o sea, asimilar. Ahora nos queda paladear por anticipado su continuación, siempre que José Luis —tan amante de llevar la contraria— no le dé carpetazo a su diario y nos deje con las ganas, sólo por su malvada afición a salir siempre por peteneras.